

Tema 5.- IMPERIALISMO Y SEGUNDA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL.

ÍNDICE

1. Guerra y diplomacia entre las grandes potencias.
 - 1.1. Principales conflictos bélicos entre las grandes potencias.
 - 1.1.1. La Guerra de Crimea (1854-56).
 - 1.1.2. Guerra austro-prusiana.
 - 1.1.3. Guerra franco-prusiana.
 - 1.1.4. Guerras balcánicas
 - 1.2. La diplomacia bismarckiana.
2. La II Revolución industrial: La era del Gran Capitalismo.
 - 2.1. El nuevo capitalismo.
 - 2.2. La demografía.
 - 2.3. Ciencia, industria y energía: Motores de la II Revolución Industrial.
 - 2.3.1. Desarrollo científico e interrelación ciencia-técnica-economía.
 - 2.3.2. Nuevas fuentes energéticas.
 - 2.3.4. Las nuevas industrias.
 - 2.3. Las nuevas potencias industriales.
 - 2.3.1. Gran Bretaña.
 - 2.3.2. Francia.
 - 2.3.3. Alemania.
 - 2.3.4. Estados Unidos.
 - 2.3.5. Japón.
 - 2.3.6. Rusia.
3. La expansión imperialista.
 - 3.1. Definición.
 - 3.2. Causas o factores de la expansión imperialista.
 - 3.3. La oposición al imperialismo.
 - 3.4. El reparto del mundo.
 - 3.4.1. Cronología y anatomía de la conquista.
 - 3.4.2. La Expansión imperialista por áreas
 - 3.5. Colonias, administración y explotación.
 - 3.5.1. Tipos de colonias.
 - 3.5.2. La administración colonial.
 - 3.5.3. La explotación de las colonias.
 - 3.6. Las consecuencias del imperialismo.
4. Bibliografía.

La revoluciones liberales de 1820, 1830 y 1848, pusieron punto final al ciclo revolucionario liberal iniciado en 1770. El liberalismo, en mayor o menor medida, según el país, se erigió en claro vencedor sobre el absolutismo del Antiguo Régimen. El sistema político liberal se impuso en casi toda Europa después de la revolución de 1848. El liberalismo democrático, con diferentes grados de evolución, gobernará gran parte del mundo occidental y a las llamadas grandes potencias, ya que sólo Rusia y Japón mantendrán gobiernos puramente autocráticos, aunque con notables reformas respecto a la primera mitad de siglo. Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Bélgica, pasan por ser las abanderadas de la democracia más estable y avanzada, conviviendo con otros estados con democracias viciadas por la corrupción y el caciquismo (España e Italia), con derivas autoritarias (Alemania y Austria), o acosadas por el golpismo pretoriano (Portugal, España, Iberoamérica). En 1914 prácticamente todos los países tenían una constitución escrita, salvo Rusia, sufragio universal masculino, e incluso algunos países habían accedido al sufragio universal pleno: Noruega (independiente desde 1905), Nueva Zelanda, California, Australia, etc.

El nacionalismo, unido al liberalismo y a los intereses de la burguesía en unos casos y al patriotismo e intereses militares y territoriales en otros, logrará la independencia de Grecia en 1829 y de Bélgica en 1830, la unificación alemana e italiana, e impregnará la vida política del momento con la aparición de los movimientos PAM y la exacerbación nacionalista entre algunos grupos conservadores.

La expansión del liberalismo coincidió con la del capitalismo y el sistema de producción industrial, con un crecimiento económico notable durante el período, pero también con desequilibrios sociales y económicos que explican el fenómeno migratorio mundial, agudizado por el crecimiento demográfico y la proliferación de ideologías antisistema.

1. Guerra y diplomacia entre las grandes potencias.

Esta etapa se caracteriza por numerosos enfrentamientos diplomáticos y bélicos provocados por los conflictos nacionalistas y las tensiones derivadas de la expansión imperialista, pero hasta 1914 no existió un enfrentamiento directo entre las grandes potencias, a pesar de iniciarse el período con una guerra internacional (Crimea) y cerrarse con la I Guerra Mundial. Fue una época de innumerables conflictos, pero localizados y controlados a tiempo.

1.1. Principales conflictos bélicos entre las grandes potencias.

Además de los conflictos coloniales y los derivados de la unificación italiana y alemana, las rivalidades internacionales provocaron enfrentamientos bélicos y diplomáticos importantes en la segunda mitad de siglo. La guerra de Crimea, la rivalidad franco-alemana, la cuestión balcánica, derivaron en guerras abiertas que ni los esfuerzos diplomáticos ni el entramado de tratados bismarckianos pudieron evitar.

1.1.1. La Guerra de Crimea (1854-56).

Este conflicto puso fin al llamado equilibrio de Metternich, surgido del Congreso de Viena de 1814, cuando Nicolás I de Rusia decidió ampliar sus territorios a costa del imperio turco, recurriendo a tratados firmados en el s. XVIII que otorgaba a Rusia el derecho a proteger a los cristianos ortodoxos del imperio otomano. Algunos casos de violencia contra este sector de la población llevaron a Rusia a pedir autorización para intervenir, pero el Sultán negó el permiso, apoyado por Francia y Gran Bretaña, a pesar de lo cual Nicolás I envió tropas a Moldavia y Valaquia para proteger los lugares sagrados ortodoxos. Francia y Gran Bretaña bloquearon los estrechos que dan acceso al Mar Negro y el Sultán declaró la guerra a Rusia. El 30 de noviembre de 1853 Rusia destruía la flota turca en Sinop, y poco después Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Rusia ante la negativa de esta a retirarse de los territorios ocupados. El 10 de abril de 1854 la flota franco-británica bombardeó Odesa y desembarcó en Crimea, el 25 de octubre de 1854 tuvo lugar la famosa batalla de Balaclava, y en 1855 Sebastopol fue ocupada por tropas franco-británicas, después de 11 meses de asedio.

Fue una guerra cruel e inútil, como lo demuestra la famosa carga de la Caballería Ligera británica en Balaclava, sacrificada por la incompetencia de sus jefes. La guerra finalizó cuando Alejandro II, sucesor del fallecido Nicolás I en 1855, pidió la paz. El 30 de marzo de 1856 se firmó el Tratado de París: Se declaraba el Mar negro neutral, se prohibía la navegación de barcos de guerra y Rusia destruiría sus fortificaciones;

Moldavia y Valaquia accedían a un régimen de autogobierno supervisado por las potencias occidentales; el sur de Besarabia se incorporaba a Moldavia; se reconoció un mayor grado de autogobierno para los principados rumanos y para Servia, también bajo protectorado occidental; y todos aceptaron la libre circulación por el Danubio.

1.1.2. Guerra austro-prusiana.

La también llamada guerra de las Siete Semanas entre Austria y Prusia fue provocada por el Canciller prusiano Otto von Bismarck, para acabar con la rivalidad austriaca por el liderazgo de la nueva Alemania. Las desavenencias con Austria por la administración de los ex ducados daneses (Holstein, administrado por Austria, y Schleswig y Lauenburg administrados por Prusia), le dieron a Bismarck la oportunidad de enviar tropas al ducado de Schleswig, lo que provocó que Hannover, Hesse-Kassel, Sajonia, Baviera, Württemberg y otros estados alemanes, apoyasen a Austria, quien declaró la guerra a Prusia el 14 de junio de 1866.

Helmuth von Moltke dirigió al ejército prusiano, que ocupó rápidamente Hannover, Hesse-Kassel, Sajonia y Bohemia, y derrotó a los austriacos en Sadowa el 3 de julio. El Tratado de Praga de 23 de agosto de 1866 puso fin al conflicto. Se disolvió la Confederación Germánica, Prusia se anexionó Hannover y Hesse-Kassel, Austria cedió Holstein a Prusia, aceptó las indemnizaciones de guerra, entregó Venecia al Reino de Italia, y dejó vía libre a Prusia para crear la Confederación de Alemania del Norte en 1867, excluyendo a Austria.

1.1.3. Guerra franco-prusiana.

Otto von Bismarck desencadenó la guerra para impulsar los últimos episodios de la unificación alemana bajo el liderazgo de Prusia. La causa de la guerra hay que buscarla en la disputa por el trono español, vacante después de la revolución de 1868 y el destronamiento de Isabel II. Francia deseaba imponer su candidato, pero Bismarck apoyó un candidato alemán, Leopoldo de Hohenzoller-Sigmaringen, emparentado con el rey de Prusia Guillermo I. Francia exigió la retirada de esta candidatura, a lo que Guillermo I accedió, pero Napoleón III exigió que fuese el propio Guillermo I quien redactase una carta personal a Leopoldo exigiéndole la retirada de su candidatura al trono español, intentando así humillar a la nueva potencia emergente. Bismarck decidió hacer público el telegrama francés con las exigencias humillantes a Prusia (Telegrama de Ems),

modificándolo para provocar el resentimiento alemán contra los franceses y atraer a los estados alemanes del sur al proyecto unificador liderado por Prusia.



Francia declaró la guerra a Prusia el 19 de julio de 1870. Los estados alemanes del sur se unieron a Guillermo I y pusieron bajo las órdenes de Helmuth von Moltke un ejército de 400.000 hombres, contra los 200.000 franceses. A la inicial victoria francesa en Sarrebruck pronto le siguieron las derrotas del ejército francés, comandado por Mac-Mahon,

en Weissenburg (4 de agosto), Wörth (6 de agosto) y Spichern (6 de agosto), y después en Vionville (15 de agosto) y Gravelotte (18 de agosto), ya bajo el mando de Bazaine, quién se vio sitiado en Metz, sin que MacMahon pudiese rescatarlo, ya que también fue derrotado en Beaumont el 30 de agosto, lo que le obligó a retirarse a Sedan. El 1 de septiembre de 1870 se inició la batalla de Sedan, cayendo herido Mac-Mahon, al que le sustituyó primero Wimpffen y después el propio Napoleón III, quién se rindió ese mismo día a las 4 de la tarde. Al conocerse en París la derrota, se produjo una rebelión que disolvió la Asamblea Nacional y se proclamó la III República, presidida por León Gambetta, que huyó en globo del París sitiado por los alemanes el 7 de octubre y estableció un gobierno provisional en Tours. Bazaine se rindió en Metz el 27 de octubre, mientras Guillermo I, rey de Prusia, se coronaba Emperador de Alemania en la galería de los Espejos del palacio de Versalles, aunque París no se rindió hasta el 28 de enero de 1871.

El gobierno provisional de la República se reunió en Burdeos y eligió nuevo jefe de gobierno a Adolphe

Thiers, pero en marzo los ciudadanos de París se rebelaron contra este gobierno y constituyeron el gobierno revolucionario de la Comuna de París, enfrentándose a las tropas de Thiers, apoyadas por el ejército alemán, hasta la derrota de la Comuna en mayo. El Tratado de Frankfurt, firmado el 10 de mayo de 1871, puso fin a la guerra entre Francia y Alemania: Alsacia y parte de Lorena pasarían a formar parte del Imperio alemán, y Francia debía pagar una indemnización de guerra de 5.000 millones de francos-oro, con las tropas alemanas en suelo francés hasta 1873, para garantizar el pago.

1.1.4. Guerras balcánicas

La cuestión balcánica planeaba sobre la diplomacia europea desde el final de las guerras napoleónicas, y el conflicto se agudizó a medida que el Imperio Otomano se debilitaba. La guerra de Crimea y los acuerdos firmados posteriormente establecieron un período de tranquilidad, pero en los años setenta las aspiraciones rusas y austriacas en los Balcanes reavivaron la Cuestión de Oriente, que ya no desaparecería de la política europea hasta el final de la I Guerra Mundial y la desaparición del Imperio Otomano. La Independencia de Grecia en 1830, con la ayuda británica, abrió las puertas de la penetración occidental en el Imperio Otomano, y las independencias de Serbia, Rumania y Montenegro en 1878, así como parte de Bulgaria, acabaron reduciendo los territorios turcos en Europa a Macedonia, Albania y Tracia, e incluso estos se desgajaron del Imperio Turco en las Guerras Balcánicas de 1912-1913.

La guerra de 1877-1878 estalló después de la rebelión de serbios, montenegrinos y rumanos contra el Imperio Otomano. En 1875 los campesinos cristianos de Bosnia-Herzegovina se rebelaron contra el Imperio, y pronto serán imitados por los búlgaros, a pesar de la durísima represión turca con las llamadas matanzas búlgaras, provocando la guerra con Serbia y Montenegro. El zar ruso Alejandro II acabó apoyando a los rebeldes y declarando la guerra al sultán turco Abdülhamit II en enero de 1877. La victoria rusa se vio ratificada por el Tratado de San Stefano, firmado el 3 de marzo de 1878, y por el que Rusia ocupaba territorios en el Cáucaso, Dobrudja y una zona en la desembocadura del Danubio, además de reconocer el sultán la independencia de Rumania, Serbia y Montenegro, la autonomía de Bosnia y Herzegovina, y también aceptó la creación del principado autónomo de la Gran Bulgaria.



Enciclopedia Encarta, Imperial War Museum

La victoria militar y diplomática rusa, sin embargo, no fue bien vista por Gran Bretaña y el Imperio Austro-Húngaro, que obligaron a revisar el Tratado de San Stefano en el Congreso de Berlín de 1878, y forzaron a Rusia a aceptar el llamado Tratado de Berlín, que dividía el principado búlgaro, concedía la administración de la autonomía de Bosnia-Herzegovina a Austria-Hungría, y reducía los territorios rusos en la zona.

La tranquilidad duró poco, ya que en 1885 se rebeló la Rumelia Oriental, logrando su reunificación con Bulgaria, a pesar de la oposición de Rusia y la Servia de Milán Obrenovic, que declaró la guerra a Bulgaria y cosechó una importante derrota. A pesar de esta derrota, agentes rusos y serbios secuestraron al príncipe búlgaro Alejandro de Battenberg, obligándole a abdicar en 1886 y sustituyéndole por el príncipe Fernando Sajonia-Coburgo-Gotha.

Por su parte el Imperio Austro-Húngaro también se ocupó de financiar y apoyar levantamientos balcánicos, para aumentar su influencia en la zona y ocupar territorios, como Bosnia-Herzegovina en 1908, aprovechando la rebelión de los llamados jóvenes turcos en el corazón del imperio otomano.

1.2. La diplomacia bismarckiana.

Una vez roto el equilibrio diplomático impuesto en el Congreso de Viena de 1814-15, con el llamado sistema Metternich, Gran Bretaña y Francia lograron mantener una entente cordiale favorable a sus intereses hasta la finalización del régimen de Napoleón III y la aparición de Alemania e Italia como potencias a tener en cuenta. El período de fin de siglo estará marcado por las rivalidades imperialistas, que

enfrentarán a las potencias mundiales por el control de enclaves coloniales, por las rivalidades europeas por el control de los Balcanes (Rusia y Austria-Hungría), y por el enfrentamiento franco-alemán por la hegemonía económica y política en Europa.

El principal intento por lograr un status diplomático lo protagonizó el canciller alemán Bismarck, con un entramado de tratados y acuerdos que intentaban aislar a Francia y garantizar la hegemonía germánica en Europa, conocido como los Sistemas Bismarckianos. Logró estos objetivos, pero no resolvió problemas a largo plazo, ya que no acabó con la rivalidad francesa, ni con las rivalidades balcánicas, y todo dependió de su capacidad negociadora inmediata y de tratados secretos. Cuando abandonó el poder y Alemania cambió su Realtpolitik (Política centrada en el desarrollo interno) por la Wealtpolitik (Política que apuesta por la expansión territorial), el entramado bismarckiano se hundió.

Primer Sistema (1871-1878): Entente de los Tres Emperadores (Alejandro II de Rusia, Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria), por el que Alemania y Rusia se comprometían a ayudarse con 200.000 hombres si eran agredidas, y Austria-Rusia se mantendrían neutrales ante un ataque enemigo. La rebelión nacionalista de Rumania, Montenegro, Serbia y Bosnia-Herzegovina contra Turquía en 1875, provoca la primera crisis de este tratado, ya que en 1877 Rusia declara la guerra a Turquía y la obliga a firmar el tratado de San Stefano, que reconocía la independencia de la Gran Bulgaria, Serbia, Montenegro y Rumania, además de la cesión de territorios a Rusia. Austria se considera perjudicada y la Conferencia de Berlín de 1878 obligó a Rusia a anular este tratado, por lo que rompió el Tratado de los Tres Emperadores.

Segundo Sistema Bismarckiano (1879-1887): Compuesto por la Alianza austro-alemana (Dúplice) de 1879, comprometiéndose a ayudarse en caso de un ataque ruso y a mantener la neutralidad ante un ataque de otra potencia; el Tratado de los Tres Emperadores de 1881 (Alemania, Austria, Rusia), que implicaba la neutralidad ante un ataque de otra potencia y el mantenimiento del status en los Balcanes por 3 años; y la Triple Alianza (Tríplice) de 1882 entre Alemania-Austria-Italia, por el que Alemania y Austria ayudarían a Italia si era atacada por Francia e Italia ayudaría a Austria-Alemania en caso de un ataque de Francia o Rusia. Durante el período continuarán las tensiones por las rivalidades coloniales, a pesar del Congreso de Berlín de 1884-85, y entre Austria-Italia por territorios limítrofes y entre Austria-Rusia por el control de los Balcanes (Austria extiende influencia sobre Rumania, Bulgaria y Serbia, al colocar en sus tronos a Carol I, Leopoldo Sajonia Coburgo, y a Milán Obrenovich, respectivamente, en contra intereses rusos).

Tercer Sistema: (1887-1890): En 1887 se renueva la Tríplice y Tratado Tres Emperadores, y se firma en Tratado de Reaseguro entre Alemania y Rusia, por el que Alemania apoya reivindicaciones rusas en los Balcanes y Rusia permanecerá neutral en caso de un ataque francés a Alemania.

La II Revolución industrial: La era del Gran Capitalismo.

El nuevo capitalismo.

La II Revolución Industrial se inicia con la crisis de 1867-71, origen de un período de estancamiento económico que durará hasta fin de siglo, pero que propiciará una revolución técnica y organizativa con notables consecuencias: Aparece un nuevo modelo económico (Gran Capitalismo), surgen nuevas potencias industriales, se consagra el estancamiento británico, se desarrolla un mercado globalizado a nivel mundial, y se produce la interrelación absoluta entre política y economía y entre industria-comercio-finanzas.

La mundialización de la economía fue la consecuencia lógica del aumento de la producción, de la necesidad de nuevos mercados, y de los avances en transportes y transacciones financieras. El comercio internacional pasó de 2.000 millones de libras a principios del siglo a 100 000 millones en 1900. Pero con la mundialización surge también la economía cíclica, los períodos de crecimiento seguidos de otros de crisis, pero ahora a nivel mundial. Hasta la aparición de la industria las crisis económicas preindustriales eran de subsistencia (falta de alimentos, sobre todo, y subida de precios), pero ahora serán crisis de superproducción (las empresas producen más de lo que puede absorber el mercado), que provocan descenso de precios y de beneficios, despidos y aumento del paro, y contracción de la demanda. Estas crisis se producirán, más o menos, cada 10 años, y pronto se generaliza el uso de términos como crisis, estancamiento y depresión. Nikolai Kondratief analizó el comportamiento de los salarios, las materias primas, la producción, el consumo,

las exportaciones e importaciones, en Francia e Inglaterra, y estableció la existencia de ciclos económicos de



Suburbio de Newcastle en 1880. (Libro 1º Bch. Anaya.)

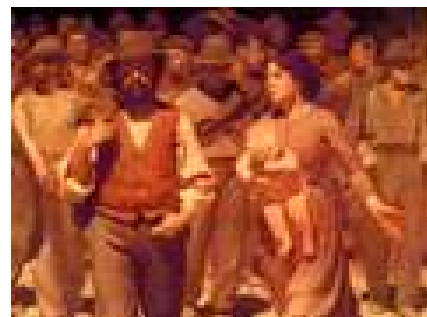
expansión y contracción de larga duración (Unos 50 años): 1792-1850, 1850-1896 y 1896-1940. Cada ciclo tiene un período de expansión y otro de contracción. Estos ciclos largos de la economía se completan con otros a más corto plazo, de una duración aproximada de 10 años, según el economista Juglar.

La crisis de 1867-71 degeneró en la primera Gran Depresión. Afectó, primero, a la agricultura europea, incapaz de competir con las nuevas agriculturas transoceánicas con productos más baratos y que aprovechan las mejoras del transporte, provocando una caída de un 30% de los precios y un

nuevo éxodo rural europeo. Esto acarrió una crisis industrial, el hundimiento de la bolsa de Viena de 1873, el hundimiento de los precios industriales por encima del 30%, y tasas de desempleo por encima del 10%. Se produce una gran competencia por lograr mercados protegidos (Imperialismo), y las políticas proteccionistas (Aranceles aduaneros sobre productos extranjeros, agrícolas primero e industriales después) se impondrán en la mayoría de los países.

Aparecen nuevos sistemas de producción relacionados con la producción en serie y las cadenas de montaje, para abaratar costes y optimizar el trabajo asalariado. Taylor diseña una organización productiva en la que se gestiona científicamente el trabajo (horarios, repetición de tareas, control de tiempos), y separa las funciones de planificación y dirección, de la ejecución. Ford introduce muchas de las sugerencias de Taylor y lleva a la realidad las modernas cadenas de montaje en la fabricación de su Ford "T". No obstante la racionalización absoluta del trabajo, las cadenas de montaje, el trabajo en serie, la especialización repetitiva de la función de cada asalariado, no se extenderán definitivamente hasta los años 20 del siguiente siglo.

También aparecen nuevas formas de organización empresarial, superando las tradicionales empresas familiares británicas y las sociedades anónimas, para desarrollar una concentración empresarial mayor que pudiese hacer frente a las nuevas necesidades de inversión. Surgen grandes conglomerados empresariales que intentan eliminar competidores, controlar precios, monopolizar la producción y hasta la distribución de determinados productos: Los trust o concentración horizontal de empresas que intenta controlar la producción de un producto desde abajo y que en EE.UU y Alemania alcanzarán su máximo desarrollo, mediante la fusión o la asociación; los cartels, que mediante la asociación o la firma de convenios entre empresas fabricantes de un mismo producto, intentan establecer acuerdos sobre precios o reparto del mercado; y los holdings o sociedades financieras que invierten en diversas empresas para controlarlas accionarialmente. Mediante estas prácticas Rockefeller llegó a controlar casi el 90% del petróleo norteamericano con la Standard Oil Company, mientras la General Eléctric estadounidense y la AEG alemana se repartían el mercado de productos eléctricos, la banca Morgan controlaba el mundo financiero estadounidense, y la familia suiza Ritz dominaba el mundo de los hoteles.



La aportará financiación a las empresas y generará un gran negocio especulativo, pero también permitirá extender el poder de los holdings, que adquieren acciones para controlar cada vez más empresas. La bolsa será la máxima expresión de la interrelación entre el mundo industrial y financiero. Tampoco podemos olvidar la aparición de nuevas técnicas de venta que permiten ampliar el mercado, sobre todo a través de la venta a plazo, la venta por catálogo, la aparición de los primeros supermercados y grandes almacenes.

La demografía.

En 1650 había 500 millones de habitantes en el mundo, 850 a finales del s. XVIII, 1.200 en 1850, 1.600 en el año 1900 y más de 1.900 millones en 1920. El cambio del régimen demográfico en el s. XVIII modificó los

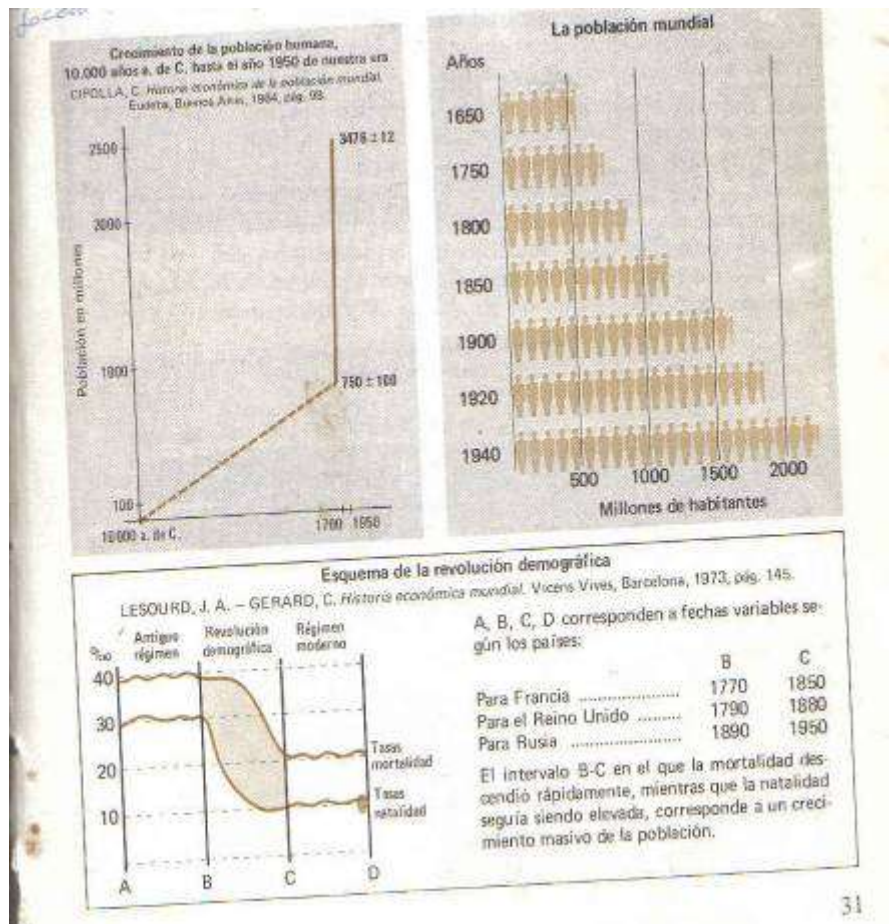
índices de mortalidad y natalidad, provocando un descenso muy elevado de la mortalidad, que todavía disminuirá más gracias a las mejoras en el nivel de vida, la alimentación y la aparición de vacunas a finales de siglo. Este crecimiento poblacional desconocido provocó la aparición de teorías muy variadas sobre la necesidad de controlar el crecimiento demográfico: El malthusianismo y sus propuestas sobre el control de la natalidad o la búsqueda de nuevas tierras para los excedentes de población, el marxismo de Godwin, que abogaban por reformas económicas contra la pobreza, o las posturas eclesiásticas contra los controles de natalidad. Pero nada frenó el crecimiento, y Europa pasó de 190 millones en 1800 a 400 en el año 1900, con incrementos enormes en Alemania (de 22 a 60 millones), y más moderados en otros países como Francia (de 27 a 40), y mucho menores en países no industriales, con una estructura económica ruralizada, niveles de pobreza endémica y pervivencia de diferentes epidemias (Este y Mediterráneo).

La evolución demográfica tendrá características distintas y una evolución temporal diferente según las regiones, pero en general el crecimiento se dispara en la segunda mitad de siglo, provocando excedentes de población que deberá absorber la emigración. Según Reinhard, entre 1810-60 emigran 650.000 europeos, la mayoría británicos, irlandeses y alemanes, y entre 1890-1914 llegarán a más de 1.450.000 (40% italianos y españoles, 26% eslavos y 24% británicos). Otros autores, como Saunders, elevan mucho estas cifras: Entre 1800 y 1930 saldrán 50 millones de europeos, o lo que es lo mismo el 40% del crecimiento demográfico anual emigraba, siendo los británicos, germanos e irlandeses los que más emigran hasta 1880, pero después serán también eslavos, latinos, griegos, escandinavos, etc. Esta riada de emigrantes europeos se dirigirá a las colonias (británicos y franceses), a nuevos países emergentes (EE.UU., Australia, Canadá), a Sudamérica, fundamentalmente, y se unirá a una riada migratoria similar procedente de China e India hacia América y Oceanía, o a la de 10 millones de rusos hacia Siberia.

Las causas de la emigración son económicas, políticas, búsqueda de nuevas oportunidades, el descubrimiento de oro en California o Alaska, y la emigración de funcionarios y militares a las colonias. Los países receptores serán: EE.UU, al que llegan 40 millones entre 1800 y 1950, a pesar de las prohibiciones sobre entrada de chinos en 1892, japoneses en 1907, etc.; Latinoamérica, que recibe a 12 millones de europeos; Australia con tres millones; y Nueva Zelanda con medio millón.

El crecimiento demográfico y la migración irán acompañados del crecimiento urbano. Se pasará de 23 a 40 ciudades con más de 100.000 habitantes entre 1800-1850. En 1913 ya había 180 ciudades europeas por encima de 100.000 habitantes y 10 con más de 1.000.000 de habitantes. Aparecen grandes urbes como París, Londres, Nueva York, Chicago, Filadelfia, Buenos Aires, Tokio, etc.

El crecimiento de la población, la migración, el crecimiento urbano, y el aumento de asalariados y de clases medias, revoluciona el mercado. La mejora en el nivel de vida, aunque no uniformemente para todas las regiones ni para todos los grupos sociales, así como las políticas sociales desde diferentes gobiernos (Disraeli



en Gran Bretaña, inicios seguridad social germana, influencia sindicatos y partidos obreristas, diversas acciones del catolicismo desde la Rerum Novarum), y el ya mencionado crecimiento de las clases medias, incrementará la demanda de productos industriales y facilitará la aparición de nuevos productos, nuevas técnicas de venta, etc.

Ciencia, industria y energía: Motores de la II Revolución Industrial.

El período, por tanto, se caracterizó por depresión económica (precios y demanda caen), imperialismo para intentar lograr mercados protegidos para la inversión y el comercio, crecimiento demográfico y éxodo rural, e intervención del estado en economía impulsando el proteccionismo, introduciendo algunas mejoras sociales y financiando campañas de expansión territorial, construcción férrea o inversiones en industria militar.

2.3.1. Desarrollo científico e interrelación ciencia-técnica-economía.



Existirá una fe ciega en la ciencia empírica y en la especialización creciente. Las matemáticas avanzarán definitivamente con Poincare y sus ecuaciones, y Reimann con la geometría. La química se moderniza con Mendelieff y su sistema periódico de elementos, los colorantes químicos de Perkins, la obtención de drogas farmacéuticas, o la evolución de la química orgánica. A las leyes evolucionistas de Darwin y las de la herencia de Mendel, se unirán los avances médicos de Pasteur con su vacuna sobre la rabia, el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis por Koch, la asepsia en los laboratorios, o la anestesia de Lister, por citar algunos ejemplos. En física se producen grandes avances en estudios sobre magnetismo, transformación de la materia, generación de energía, las ondas eléctricas de Hertz, los rayos X de Roentgen, los inventos de Edison, y los estudios sobre la estructura del átomo y la fusión nuclear de los Curie y Rutherford, culminados por las teorías sobre la relatividad de Einstein ya en el siglo XX. El invento del teléfono por Graham Bell, la radio de Marconi, o el cine de los hermanos Lumiere, no sólo se identifican con esta época, sino que se vincularán a importantes áreas de producción en el futuro.

Lo más importante, no obstante, es que muchos avances científicos tendrán pronto una aplicación práctica en la economía, generando una relación bidireccional entre laboratorios científicos y empresas, y creando un negocio de patentes a nivel internacional.

2.3.2. Nuevas fuentes energéticas.

La electricidad se fundamenta en una sucesión de descubrimientos a lo largo del siglo XIX: La pila de Volta en 1800, los estudios sobre electromagnetismo de Faraday, el motor eléctrico de Davy-Ampere en 1830, el acumulador de Plante en 1859, y la dinamo de Gramme en 1869. Todo ello lleva a la aparición de la industria eléctrica, sobre todo cuando en 1880 Berger crea la primera central hidroeléctrica en Bélgica, seguida en 1882 por la central eléctrica de Edison en EE.UU., la aparición de los cables de alta tensión en 1882, la bombilla de Edison, la corriente alterna de Tesla, los tranvías eléctricos, etc. La producción y distribución de electricidad y maquinaria eléctrica crean una gran industria, liderada por General Electric, AEG, Philips, Siemens, Westinghouse, que generalizarán la iluminación eléctrica y los motores eléctricos para la industria o el transporte.

El petróleo bituminoso obtenido del carbón y la pizarra ya se utilizaba para engrases e iluminación, pero la explotación de pozos petrolíferos como hoy los conocemos no se inicia hasta la década de 1860, cuando Rockefeller abre su explotación en Pennsylvania. Muy pronto aparecen también los pozos de Bakú y otras empresas estadounidenses ligadas a los apellidos Vandervilt o Kennedy. Las técnicas de perforación mejoran constantemente con la máquina de vapor, los taladros de acero y punta de diamante y los estudios geológicos, permitiendo una rápida expansión del negocio. Al igual que en otros sectores, la concentración empresarial y la explotación casi monopolística será una constante, hasta el nacimiento de las llamadas Siete Hermanas que controlarán el petróleo mundial hasta la crisis de 1973.

Del petróleo se obtendrán aceites y productos sintéticos, pero fundamentalmente se utilizará como la nueva fuente energética del transporte, aportando el combustible para los nuevos motores de explosión: En 1680 el francés Papin inició el camino investigador hacia este tipo de motores, aunque hasta 1876 no apareció el primer motor de gas de Otto, en 1885 el de gasolina de Daimler, el motor de 4 cilindros de Forrester en 1891

con bujías y carburador, los motores diesel en 1892, y la definitiva aplicación del motor de explosión al automóvil con Benz en 1893, aunque ya Daimler y Benz habían construido el primer prototipo en 1885.

2.3.4. Las nuevas industrias.

La siderurgia no es nueva, pero los avances de la época permiten entrar en una nueva era conocida como la revolución del acero. Los avances de Bessemer en 1855 con hierro no fosfórico pronto serán superados por Thomas en 1878, cuyo método de fundición permite utilizar también el hierro fosfórico. Los convertidores movidos por energía eléctrica y el aprovechamiento de las escorias de Siemens-Martin, acaban por revolucionar el sector. El tradicional hierro se verá sustancialmente mejorado, pero sobre todo aparecerá el acero como metal del futuro para la construcción y maquinaria, y el acero inoxidable o la alpaca para cuberterías. El descubrimiento en 1886 de la electrolisis permite obtener aluminio, duro y ligero, convirtiéndose en el gran descubrimiento para la construcción. Los grandes trust siderúrgicos (Krupp, Thyssen, Carnegie, Moore) controlarán el sector, muy vinculado a la banca y a la industria de guerra en casi todos los países.

La industria química estará muy relacionada con los avances científicos. En 1861 Solvay mezcla amoníaco con agua salada para obtener bicarbonato sódico, del que saldrá la sosa para la industria textil y productos de limpieza. Los colorantes sintéticos, a partir de los descubrimientos de Perkins, sustituyen a colorantes vegetales y animales (la chinchilla canaria, por ejemplo). Los explosivos de pólvora que explotaba por combustión serán sustituidos por explosivos de percusión, como la nitrocelulosa, la nitroglicerina, o la dinamita de Alfred Nobel en 1866, generando una industria muy lucrativa por la demanda para construcción de infraestructura y para la industria militar. La producción de fosfatos y nitratos como abonos agrícolas, los descubrimientos médicos y químicos aplicados a la industria farmacéutica (Bayer), la aparición más tardía de la goma obtenida del caucho (neumáticos), o los plásticos, darán lugar a grandes industrias para su producción.

La industria mecánica, hasta ahora liderada por Gran Bretaña, se convierte en uno de los sectores punta con la aparición del automóvil y grandes empresas automovilísticas en Alemania, con Daimler y Benz, en Estados Unidos con Ford o Chrysler, en Francia con Renault y Citroën, o la producción de coches elitistas en Gran Bretaña (Rolls-Royce) o en Italia (Bugatti), aunque el auténtico impulso se lo da Ford y su modelo "T", fabricado en cadena en factorías tayloristas y a un precio popular.

La aviación y la electrónica, ya en el siglo XX, la fabricación de electrodomésticos en los años 20, y la industria relacionada con la alimentación, formarán parte del desarrollo económico impulsado por las nuevas formas de producción y organización industrial.

2.3. Las nuevas potencias industriales.

2.3.1. Gran Bretaña.

La era victoriana (1837-1901) se identifica con el período de mayor esplendor británico, con su liderazgo marítimo, económico, político y cultural, a nivel mundial. El imperio extiende sus dominios por los 5 continentes y su sistema político y económico sirve de ejemplo a otras potencias. El victorianismo avala una sociedad laboriosa, cargada de valores tradicionales, puritana e hipócrita a un tiempo, clasista y egocéntrica, que lidera el mundo del momento. Políticos como Disraeli (conservador) y Gladstone (liberal) se alternan en el poder, promoviendo reformas socio-económicas e institucionales importantes, con dos revisiones del derecho al sufragio en 1867 y 1884, y manteniendo la política expansionista británica, aunque no logrará evitar conflictos imperialistas ni solucionar problemas internos como el irlandés y el escocés.

Gran Bretaña fue el taller del mundo entre 1824-1870, pero dejó de serlo a partir de esa fecha, reduciendo sus beneficios por exportación de manufacturas al bajar los precios por la competencia exterior y aumentar los salarios. El agotamiento de sus minas de carbón y hierro le obligó a recurrir a la importación, a lo que se une su déficit en energía eléctrica y petróleo. Sus empresas, procedentes de la I Revolución Industrial, tenían un tamaño y una organización menos adecuada que las nuevas empresas alemanas o norteamericanas para competir, por lo que su productividad y volumen de producción se resiente, y ello reducirá su posición en el comercio mundial. No obstante, seguirá siendo una gran potencia, gracias a su inmenso imperio colonial, con mercados preferentes para vender y comprar, y a sus ingresos financieros, de

fletes ó seguros.

2.3.2. Francia.

Durante este período Francia atraviesa una época complicada, incapaz de asaltar el liderazgo británico y evitar que otras potencias, como Alemania, la superen en el último tercio del siglo. Después de la convulsión revolucionario-republicana de 1848, Francia aterriza en un régimen imperial (Napoleón III) que favorece el desarrollo industrial y financiero, la expansión colonial en África y Asia, y la participación activa en la política europea del momento. El régimen, viciado por la corrupción y sus contradicciones internas, sucumbe en 1871 ante la nueva potencia europea (Alemania) con una humillante derrota en Sedan y las más humillantes condiciones de la paz: Pérdida de Alsacia y Lorena e indemnizaciones de guerra a Alemania. El imperio desaparece, a pesar del triunfo electoral monárquico, rápidamente contestado por la rebelión de la Comuna de París en 1871, reprimida brutalmente por el gobierno conservador de Thiers. La III República nacerá de la derrota ante Alemania y de las cenizas de la fracasada república democrática de la Comuna de París, y basará su existencia en la recuperación del liderazgo francés, el intento de romper el aislamiento diplomático impuesto por Bismarck, y la expansión imperialista. El sufragio universal para elegir la Asamblea Legislativa garantizaba la supervivencia democrática, pero las diferencias sociales y la humillación ante Alemania sólo podían olvidarse con los "éxitos" imperialistas de las políticas de Jules Ferry, a pesar del fracaso de Freycenet en 1898 ante los ingleses de Gordon en Fashoda. El caso Dreyfus divide a la sociedad francesa entre católicos y semitas, liberales y conservadores, y provocará la irrupción, de nuevo, de los intelectuales (Emile Zola) y el pueblo en política, justo cuando las alianzas diplomáticas empiezan a cambiar y permiten a Francia recuperar su papel protagonista en la diplomacia internacional, en consonancia con su importancia financiera: Francia financia buena parte de la deuda externa europea y de la construcción férrea en España, Rusia y Austria.



Al principio de la década de los 70 se enfrenta a una crisis económica y política, la derrota ante Alemania, la pérdida de Alsacia y Lorena, una deuda de guerra de 5.000 millones de francos, una industrialización poco uniforme y con una agricultura muy fuerte socialmente pero que tendrá que hacer frente a crisis como la filoxera vinícola o la falta de competitividad con los cereales rusos o americanos.

Desde 1875 inicia un crecimiento lento, lastrado por la falta de fuentes de energía (carbón, hierro) y por una política proteccionista que dificulta la competitividad y la modernización. A pesar de todo, su minería, siderurgia y, sobre todo, textil, se desarrollan notablemente en regiones concretas. Las finanzas siguen rentando grandes beneficios, como lo habían hecho en el período anterior, a pesar de la desaparición de entidades con el Credit Mobilier y la Society Francaise. Aumentará constantemente su influencia financiera en Europa canalizando el ahorro a inversiones en deuda de países europeos, a la construcción férrea (España, Austria, Rusia) y a inversiones industriales (Rusia). La bolsa de París y bancos como el Credit Lyonnais, la Societe General o la Union General, se convierten en la principal referencia para negociar deuda de países europeos y para invertir en negocios en el exterior.

2.3.3. Alemania.

Una vez finalizado su proceso unificador en 1871 se convierte en la gran potencia europea del momento, liderando la política europea con los llamados sistemas bismarckianos, y la economía con su poderosa industria. Bismarck eludió la rivalidad con Gran Bretaña, renunciando a sus aspiraciones coloniales, aisló a Francia diplomáticamente y centró sus esfuerzos en el desarrollo económico y en la creación de un estado cohesionado. El crecimiento económico, la presencia socialista en el Bundestag y algunas reformas sociales, mantienen la paz social, al tiempo que la política exterior garantiza la paz armada, incorpora a Austria como aliado natural, e intenta mantener el equilibrio entre las aspiraciones rusas y austriacas sobre los despojos del Imperio turco.

La llegada de von Bulow al poder y de un nuevo monarca provoca cambios en el status germánico, ya que optan por la expansión imperialista a costa de romper la tradicional línea diplomática bismarckiana, provocando rivalidades que llevarán a la I Guerra Mundial. Por otra parte, el desarrollo de ideologías antisemitas, volkisch (ultranacionalistas), pangermanismo y racismo, desde fin de siglo en Austria y Alemania, provocará el

renacimiento de la idea del Ansluch y creará el caldo de cultivo necesario para la futura ideología nacionalsocialista en el período de entreguerras.

El liderazgo económico de Alemania fue incuestionable, pero su ambición no se corresponderá con su poder ni con el de sus rivales. El capitalismo financiero alemán se asienta sobre grandes bancos (Deutsche Bank, Discontojesellschaft y el Dresdner Bank, que captan ahorros y los canalizan hacia la industria. La aparición de monopolios gigantescos es otra de las características de la época. Los Cartel y los trust acaban controlando sectores enteros de producción (electricidad, química), estableciendo acuerdos sobre precios, cuotas de producción, reparto geográfico del mercado. Las prácticas agresivas de mercado, como el dumping, consistente en vender a precios inferiores al costo de producción para arruinar la competencia y al final controlar todo el mercado, también formarán parte de la economía germana del período.

La industria se fundamenta en la producción de carbón en el Ruhr, Silesia, Sarre, hasta convertir Alemania en la primera productora mundial hacia 1914; la metalurgia se abastece del hierro de Lorena y el Ruhr, y aparecen grandes trust como Krupp y Thyssen. La industria química se organiza en torno a cartels y el desarrollo de los nuevos descubrimientos de la sosa y el ácido sulfúrico, controlados por BASF, los colorantes de Hoechst, o la industria farmacéutica de Bayer. No podemos olvidar la producción textil de Renania y Alsacia, ni la aparición de una poderosa industria eléctrica y de maquinaria con Siemens, y el desarrollo del motor de explosión y la industria automovilística a partir de los 90 con apellidos celebres en el sector, como Benz, Daimler, etc.

2.3.4. Estados Unidos.

El crecimiento demográfico, gracias a la llegada de emigrantes europeos y asiáticos, impulsó la expansión económica y territorial: En 1803 compra la Luisiana a Francia, en 1819 compra Florida a España, , en 1848 la guerra contra México le aporta los territorios de Nuevo México, California y el reconocimiento de la frontera de Texas con México en Rio Grande, en 1867 compra Alaska a Rusia , y la conquista del Oeste a costa de las tribus indias le permitió alcanzar el Pacífico y el oro californiano. Las previsiones de Tocqueville sobre el poder de esta nueva nación se cumplirán rápidamente, sobre todo por disponer de un Estado moderno y grandes recursos naturales, aunque no pudo evitar conflictos importantes: La guerra con Gran Bretaña en 1812-14, una agresiva política en Centroamérica y Sudamérica, la guerra contra México en 1848, la guerra de Secesión de 1861-65, y la guerra contra España en 1898.

La guerra de secesión resolvió las diferencias entre el Norte y el Sur, entre la industria nortea y las plantaciones sureñas, entre el norte liberal antiesclavista y el sur aristocrático esclavista, y estableció las



bases de las relaciones futuras entre los diferentes estados de la unión, basada en una amplia autonomía gubernativa y en el respeto al poder central de Washington. El norte apostó por la industria, el libremercado y la expansión hacia el Oeste, y atrajo gran número de inmigrantes. Los Confederados sureños defendían su tradicional forma de vida en torno a la esclavitud y las plantaciones, el autogobierno de cada estado y su libertad para segregarse, mientras que los federales norteaños aceptaban el autogobierno de cada estado pero creían en la indisolubilidad de la nación estadounidense, poniendo la voluntad general por encima de

la voluntad individual de cada estado.

El 20 de diciembre de 1860 Carolina del Sur se separó de la Unión e inició las hostilidades militares al sitiar a las tropas federales de Fort Sumter (Charleston). Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Texas, Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee, se segregaron en los meses siguientes, creando la Confederación de Estados de América en 1861. La guerra duró cuatro años hasta la rendición del General Lee en 1865, con 750.000 muertos y muchos territorios, sobre todo en el sur, muy afectados por las destrucciones, con la abolición de la esclavitud en todos los estados de la Unión y el asesinato de Lincoln dos días después de finalizar la guerra.

Aunque la ocupación militar del sur fue total hasta 1877 y la derrota de las tribus indias en el Oeste no se confirmó hasta la década de los 80, el desarrollo económico después de la guerra de secesión fue imparable.

La finalización del ferrocarril transcontinental en 1869, las minas de oro de California y Alaska, la aparición de cartels y trust industriales (Carnegie, Rockefeller, Vandervilt), el crecimiento de la producción agrícola en el Midley West y la ganadería en el Oeste, y la llegada masiva de emigrantes, explican este crecimiento centrado en el mercado interno. A fin de siglo ya era una gran potencia económica, territorial y demográfica, e inició una política exterior más agresiva que la llevó a quedarse con los restos del imperio colonial español y ocupar diferentes enclaves en el Pacífico y Asia.

El saldo migratorio explica el crecimiento de la población (de 9,6 a 31,4 millones de habitantes entre 1820 y 1860, y los 97 millones que ya tenía en 1914), gracias a la llegada de europeos y asiáticos. La expansión al Oeste garantiza tierras para este crecimiento poblacional, desarrollando la agricultura extensiva cada vez más mecanizada y destinada a producir para la exportación y para los mercados urbanos internos, especializándose el norte en ganadería y cereales, el sur en algodón y tabaco, y el Midley West en granjas especializadas. La mecanización de la agricultura y la ganadería se aprecia con la expansión de la desmotadora de algodón de Whitney, la segadora de McCormick, el arado de vertedera de John Deere, y la aparición del transporte ferroviario en vagones frigoríficos a finales de siglo, o la industria conservera.

El mercado interno se centra en la ampliación de las carreteras estatales, los vapores fluviales entre 1800-50 (New York-Albany, Mississippi, Grandes Lagos), la construcción de canales entre 1820-40 en los Grandes Lagos (Chicago, Detroit), y la construcción férrea desde 1840 en adelante. El crecimiento demográfico y urbano garantiza un mercado interno cada vez más pujante, capaz de absorber casi toda la producción interna y con una base social muy joven, dinámica y emprendedora.

Al principio el capital británico y en general el capital exterior (también el capital español procedente de Cuba) financia parte del desarrollo, pero pronto aparece una interrelación entre empresariado industrial-ganadero-comercial-financiero, que dará lugar a un clásico capitalismo financiero en torno a la Reserva Federal (Banco Central del Estado), Grandes Bancos Privados a nivel nacional (Morgan), Bancos Privados a nivel estatal, y pequeños bancos locales. La Banca Morgan y la Bolsa de Manhattan se erigirán en la punta del iceberg de este entramado que sostiene la inversión y el préstamo, al tiempo que interviene directamente en el accionariado de las grandes empresas que organizarán en trust y cartels, a pesar de que la Ley Sherman de 1890 ya limitaba su proliferación y la Ley Clayton de 1912 los prohibía sin más. Hasta su prohibición, e incluso después con diferentes subterfugios, estos trust impondrán políticas de monopolio y reparto de diferentes sectores: El trust del acero o United Steel Corporation estaba formado por Carnegie, Moore (American Steel y National Tube), Banca Morgan (American Steel Wire y National Tube), y estaba asociado al grupo Federal Steel Corporation, a su vez asociado a otras empresas del acero (Minnesota Iron, Elgin Joliet Eastern Railroad, Lorraine Steel, Illinois Steel), y controlado accionarialmente por la banca Morgan. Este trust, por absorción, por alianzas, por asociación o accionarialmente, controlaba prácticamente toda la producción de acero y sus derivados, convirtiendo a los Carnegie y los Moore en los reyes del acero. Similar objetivo y organización tendrán otros trust: Standard Oil de Rockefeller, el trust químico de los Vandervilt, el grupo de automoción Chrysler, o la General Electric de Edison.

El desarrollo económico estadounidense, por tanto, se resume en el desarrollo de industrias punta en aquel momento (siderurgia, electricidad, automoción, comunicación), industria de consumo muy desarrollada, mecanización agrícola y ganadera superior a otras regiones mundiales, innovaciones técnicas en la producción (Taylor y Ford), recursos agrícolas, mineros y energía petrolífera muy abundantes, desarrollo de un tejido financiero muy poderoso, y mercado interno capaz de aportar mano de obra y consumidores abundantes.

2.3.5. Japón.

La restauración Meiji (1808-1912) pone fin al período Tokugawa, que desde 1612 había permitido a esta familia controlar el Shogun y relegar al emperador a un papel casi secundario. El sistema político se basaba en el gobierno de Japón por el Shogun desde la capital, imponiéndose sobre los Han (Señoríos territoriales controlados por los nobles daimios). La sociedad se dividía en 4 estamentos: La nobleza (entre la que se encontraban los guerreros samuráis), los campesinos, los artesanos y los comerciantes. Política, economía, sociedad, se asemejaban bastante al feudalismo tradicional europeo. La derrota simbólica ante las exigencias del Comodoro estadounidense Perry en 1853, que obligó a aceptar el tráfico de mercancías con los extranjeros, y la rebelión de los nobles locales (Daimios) en 1867 contra el dominio del Shogun Tokugawa,

inicia un período de cambios que derrocarán a los Tokugawa y devolverán todo el poder al emperador Misushito, iniciándose así la Restauración Meiji.

Los Daimios ceden el gobierno de los Han al Emperador, los ejércitos señoriales desaparecen o se integran en un único ejército imperial que pronto adopta el servicio obligatorio, por lo que los samuráis pierden el monopolio de la guerra. Japón, salvando las distancias, imita a Europa, creando un sistema político, monetario y hacendístico centralizado. En 1889 se aprueba una Constitución que reconoce el poder del Emperador, pero admite un Parlamento o Dieta bicameral elegida por sufragio restringido, donde se debatirán las leyes y se aprobarán los presupuestos.

La reforma de la tierra convierte en propietarios a los antiguos siervos, que con su trabajo y sus impuestos financian las reformas administrativas, la modernización del ejército, y el desarrollo industrial. Las grandes familias nobiliarias y la burguesía portuaria lideran el desarrollo económico, amparado en una política económica proteccionista, ayudas estatales, monopolios, y la demanda militar. Una reforma educativa europeizante, aunque difusora de los valores confucianos y shintoístas, garantiza el respeto a la divinidad imperial, a la jerarquía social, las tradiciones y forma cuadros para la administración, para el ejército, y para la nueva industria. La victoria sobre Rusia en 1905 confirma el éxito de las reformas, contra las que sólo se rebelaron tímidamente los campesinos (agobiados por los impuestos) y los Samuráis, que perdieron sus privilegios y su liderazgo militar.

Los nobles ceden sus dominios feudales a cambio de jugosas indemnizaciones, y canalizan esas indemnizaciones hacia la creación de industrias, bancos, explotaciones mineras, importación de nuevas técnicas y maquinaria, y ayudados por la política estatal y un mercado de trabajo liberalizado y abundante. Desde 1872 el capital privado de los zaitbatsu (clanes familiares nobiliarios) creará la gran industria organizada en trust, muy similares a los norteamericanos, aunque con un control familiar superior. La mano de obra barata y disciplinada, el merado exterior sin competencia en Asia, las materias primas baratas próximas (Asia y Oceanía), la capacidad para asimilar técnicas extranjeras, y el desarrollo de sectores punta (Seda, algodón, astilleros, ferrocarril), explican el rápido y desmesurado desarrollo.

2.3.6. Rusia.

El gigante de los pies de barro también asiste a importantes cambios en la segunda mitad de siglo, aunque no suficientes para alcanzar al resto en modernización política y desarrollo económico. En 1860 el Zar todavía concentraba el poder religioso y político, con la Oskrona (Policía) y el funcionariado nobiliario como pilares de su dominio. La nobleza medía su riqueza por el número de siervos, con enormes posesiones de tierras, al tiempo que la burguesía y clases medias casi no existían numéricamente fuera de algunas ciudades portuarias, y la situación del pueblo llano (siervos en su mayoría) resultaba dramática. En 1861 el Zar suprime la servidumbre para obtener mano de obra libre para la industria, liberando a todos los siervos: Domésticos, de corvea (siervos de trabajo remunerado) y de obrok (siervos que pagaban rentas al señor). Estos siervos dependían totalmente del señor, que podía juzgarlos, venderlos o deportarlos, y además debían prestar servicio militar por 25 años. El Ukase de 1861 les concedía la libertad con un trozo de tierra, pero debían indemnizar al señor, creándose el Mir (institución municipal) que se responsabilizaba del pago de las indemnizaciones (Los ex siervos pagaban al Mir, y este a los antiguos señores, y hasta que la deuda concluyese los antiguos siervos seguían vinculados al Mir), por lo que la libertad se hacía esperar hasta que acababan de pagar.

La industrialización fue dirigida por el Estado para crear una industria militar, alentando la fusión de talleres artesanales con nuevas fábricas, construyendo el ferrocarril, permitiendo la utilización de la servidumbre, primero, y aldeanos de los Mir, después, en las fábricas. En 1890 el ministro Witte inicia una serie de cambios que facilitarán el desarrollo de la industria, la banca, y las explotaciones mineras ligadas a la siderurgia y la metalurgia. Las inversiones rusas, alemanas, primero, y francesas después, financiaron el desarrollo industrial y la construcción ferroviaria. Este desarrollo no ocultó, sin embargo, los graves problemas del estado zarista: La falta de libertad provoca la aparición de una oposición muy radical (Intelectuales, literatos, populistas narodnikis, anarquistas, socialistas, nihilistas, etc.); la dependencia de inversiones extranjeras lastra los resultados económicos; el Mir impide la liberalización de la mano de obra y el desarrollo de un mercado interno fuerte.

La expansión imperialista.

Definición.

El concepto de colonialismo es muy antiguo y se resume en el dominio -político, cultural, militar, económico, etc.- de un estado sobre otro o sobre un territorio determinado, pero el concepto de imperialismo surge en el s. XIX e incorpora al concepto de colonialismo el dominio indirecto (económico, sobre todo) de los estados más desarrollados sobre países o territorios menos desarrollados. Las potencias imperialistas (metrópolis) a finales del s. XIX practicaron el colonialismo tradicional (ocupando territorios para convertirlos en colonias o imponiendo protectorados), pero incorporaron también fórmulas nuevas de dominio, típicamente imperialista de dependencia y dominio económico. Entre el típico colonialismo de Edad Moderna y este colonialismo-imperialista decimonónico hay evidentes diferencias: África, Asia y Oceanía sustituyen a América como zonas de colonización; las nuevas colonias o territorios ocupados son gestionados por minorías de la metrópoli; los intereses económico-financieros de los grandes empresarios impulsarán esta expansión imperialista. Lenin, a este respecto, escribió: *«el imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trust internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes».*

Causas o factores de la expansión imperialista.

La expansión imperialista de las grandes potencias culmina en el último tercio del siglo XIX, aunque se había iniciado mucho antes, incluso en el siglo XVIII si nos centramos en el Imperio británico. Los factores o causas de la expansión imperialista se resumen en demográficas, económicas, políticas, ideológicas y sociales.

-**Los factores demográficos**, destacados por autores como Landes y Langer, se refieren al crecimiento desmesurado de la población europea (De 190 millones a 300 millones entre 1815-1870, y a 460 millones en 1914), y al desarrollo de los transportes que facilitan las grandes migraciones mediante la utilización de grandes barcos pertenecientes a navieras como Hamburg-Amerika, Lloyd o Cunard, que influían en los políticos para lograr bases de carboneo y políticas favorables a la emigración, para encargarse ellas del transporte de tropas y emigrantes a cambio de importantes ingresos.

-**Factores económicos y financieros.** Conant, Hobson, Lenin, Rosa Luxemburgo, han insistido en esta causalidad para explicar la expansión imperialista, y políticos como Chamberlain o Ferry defendieron la expansión colonial por motivos económicos para superar la depresión económica de 1873-1896. La caída de precios y de la demanda, el incremento del desempleo, la existencia de capitales en busca de inversiones más rentables que las existentes en los mercados tradicionales, y la competencia cada vez mayor entre los países industriales, provocó la aparición de políticas económicas proteccionistas, concentraciones empresariales (Trust), y búsqueda de nuevos mercados de inversión para beneficiarse de materias primas y salarios más baratos. Crisis económica en los países industriales, proteccionismo, monopolios, y expansión imperialista están muy relacionadas.



-**Causas políticas.** La expansión territorial en Europa resultaba difícil por el equilibrio de fuerzas y la consolidación de las fronteras (Sistemas Bismarckianos y Realpolitik alemana), salvo en los Balcanes. Las potencias europeas, por lo tanto, buscaron la expansión territorial fuera de Europa: Por cuestiones de prestigio internacional, para hacer olvidar los problemas internos (derrota de Sedán en Francia, pérdida de Cuba en España), o por motivos geopolíticos (dominio de rutas comerciales y marítimas, puntos estratégicos, etc.).

-**Causas ideológicas.** El nacionalismo de corte liberal nacido con la revolución francesa evoluciona hacia posturas más radicales, hacia una visión más germánica de la nación, identificando nación con la cultura, la lengua, o la raza. Este nacionalismo abogaba por el engrandecimiento de la nación y del Estado a través del

desarrollo económico y militar, pero también a través de conquistas territoriales que reforzasen el prestigio internacional.

El concepto de superhombre de Nietzsche en su obra "Así habló Zaratustra", sirvió a muchos para justificar la superioridad de una raza y su derecho a imponerse a otras, y los estudios de muchos teóricos del darwinismo social abundaron en este sentido y en la obligación y el derecho de la raza blanca, superior, de llevar el progreso y la civilización a las naciones y razas atrasadas. El racismo, ya desarrollado en la época por Chamberlain o Gobineau, será la consecuencia lógica de estos planteamientos, y el colonialismo imperialista, con las minorías blancas dirigiendo los nuevos territorios, el mito de Tarzán o las novelas de Rudyard Kipling y J. Conrad, no hacen otra cosa que abundar en la superioridad de la raza blanca y en su "derecho" a colonizar a los "atrasados indígenas".

Entre las causas ideológicas podemos incluir también el afán misionero de protestantes y católicos, que en muchos casos abrieron el camino a futuros colonizadores, estableciendo los primeros contactos con sociedades desconocidas y penetrando en selvas todavía inexploradas.

La causalidad científica no explica la expansión imperialista, pero los deseos de ampliar los conocimientos geográficos, antropológicos, naturalistas, de Humboldt, Darwin, Iradier, Mungo Park, Livingston, Stanley, abrieron rutas, sobre todo en África, hasta ahora desconocidas. Las Sociedades Geográficas financian e impulsan estos viajes. Los viajeros y aventureros, al igual que muchos misioneros, fueron la punta de lanza de la posterior conquista militar, aunque muchos de estos científicos buscasen objetivos bien distintos a los del imperialismo. Otros, como Cecil Rhodes, Nachtigal, aprovecharon su afición a la aventura para construir grandes imperios personales en las zonas descubiertas.

-Causas sociales. Aparecen lobbies para impulsar la conquista colonial, presionando a los parlamentos y apoyados: Aventureros, científicos, emigrantes en busca de nuevas oportunidades, empresas de transporte marítimo, militares en busca de oportunidades bélicas para lograr ascensos, la industria militar, funcionarios destinados a la administración colonial, etc.

3.3. La oposición al imperialismo.

También habrá una opinión contraria a la expansión imperialista, aunque escasa y poco influyente al principio, por lo menos hasta que se cosechen los primeros fracasos. Algunos políticos conservadores veían en la expansión colonial un debilitamiento de la política interior y temían que los esfuerzos dedicados a las misiones coloniales afectasen a la defensa de las fronteras nacionales o al desarrollo económico interno. Por su parte, los liberales de izquierda rechazaban el imperialismo porque sólo favorecía a las grandes empresas y criticaban el gasto económico y humano en las aventuras coloniales.

Los socialistas denunciarán la barbarie contra los pueblos indígenas, los excesivos gastos asociados a las campañas coloniales, y los beneficios exclusivos para el Ejército y para empresas industriales, comerciales y financieras. Además, las guerras coloniales se hacían con soldados de reemplazo, salvo Gran Bretaña, por lo que era el pueblo llano el que sufría directamente el drama de esas guerras.

Los fabianos ingleses apoyaban la expansión económica (El imperialismo comercial y financiero) pero no la ocupación militar, y como ellos muchos otros grupos opositores al imperialismo conseguirán cada vez más adeptos, sobre todo cuando las guerras coloniales devuelven muertos y heridos a la metrópoli o cuando estallan diversos escándalos de corrupción en la administración colonial. Desde 1900 surge un anticolonialismo justificado por las denuncias sobre abusos contra los indígenas (En el Congo belga, por ejemplo), en la ruina económica de muchas colonias, en las pérdidas militares excesivas, o en las derrotas coloniales de 1898. Hobson y Lenin publican sus teorías sobre el imperialismo como empresa que solo beneficia al capitalismo a costa del pueblo llano y los indígenas, donde aparece el imperialismo como la etapa superior del capitalismo, en el que los grandes monopolios capitalistas se reparten el mundo utilizando la maquinaria militar de los Estados y a sus funcionarios.

La oposición popular al reclutamiento de jóvenes para guerras coloniales (La Semana Trágica de Barcelona en 1909 como rebelión popular contra el reclutamiento para Marruecos) y la oposición indígena, que empieza a organizarse a finales del XIX y principios XX, pone en serio peligro muchos proyectos coloniales. Los indígenas ven a los europeos inicialmente como superiores y benefactores, pero pronto se dan cuenta que les

explotan, dominan políticamente, y que pueden ser derrotados (1898), por lo que cada metrópoli imperialista sufre su 98: España en Cuba y Filipinas, Francia en Fashoda, Gran Bretaña con la guerra bóer, Italia en Abisinia, Rusia con la derrota de 1904 ante Japón, etc. Surgen movimientos indígenas contra los colonizadores (Mahdismo en Sudán, hinduismo en India, budismo, resistencia pasiva de Gandhi, rebeliones Ashanti en África, bóxers en China, etc.) y muy pronto también el socialismo prende entre el proletariado indígena, facilitando la organización de esta oposición.

El reparto del mundo.

Cronología y anatomía de la conquista.

Las etapas de la conversión de un territorio en colonia pueden resumirse así: Penetración cultural, penetración económica, intervención militar contra protestas, y conquista definitiva. Evidentemente habrá variantes según la región, la evolución cultural o el grado de desarrollo político, económico y militar del conquistado. En las regiones de escaso desarrollo (África subsahariana) los viajes de geógrafos o misioneros establecen los primeros contactos, seguidos por expediciones comerciales y, finalmente, la conquista militar. En las llamadas culturas fuertes, llega primero la penetración comercial, seguida de la imposición política de un Protectorado, y si es necesario la intervención militar para sofocar rebeliones o castigar agresiones a comerciantes o religiosos, y la conquista militar final si no se aceptan los tratados de Dominio.

Antes de 1870 los viajes geográficos por África, las expediciones francesas al Norte de África e Indochina, las españolas a Marruecos e Indochina, la rebelión de los cipayos en la India contra los ingleses, la guerra del opio entre China y Gran Bretaña, son los eventos más destacados, aunque algunos se zanján con sonoros fracasos. Entre 1870-84 se inician las conquistas coloniales más importantes por parte de Francia, Bélgica y Gran Bretaña, que cobran ventaja sobre el resto. Los enfrentamientos entre potencias europeas por el control África se inician muy pronto, sobre todo entre Francia y Gran Bretaña, y los dos contra Bélgica por la conquista Congo. En 1876 el Congreso de Geógrafos de Bruselas muestra su interés por el Congo el Rey Leopoldo de Bélgica contrata a Stanley para explorar el río Congo, al tiempo que Francia enviaba a Brazza a la zona y Portugal reclamaba sus derechos sobre el territorio. La Conferencia de Berlín, organizada por el Canciller alemán Bismarck, intentó alcanzar acuerdos sobre estos conflictos y establecer un protocolo de "ocupación colonial". Sus acuerdos se resumen en los siguientes puntos: El Congo para Bélgica, con una salida al mar, a cambio de eliminar trabajo esclavo.; libre navegación internacional por ríos Níger y Congo; un país sólo podía reclamar un territorio cuando demostrase que lo había ocupado definitivamente; el primer país que ocupe un territorio tiene derecho a reclamarlo.

Entre 1884-1898 culminará la creación de todos los grandes imperios coloniales y se incorporan a la carrera colonial Estados Unidos, Japón y Alemania. Al mismo tiempo, tendrán lugar los primeros fracasos y derrotas coloniales, conocidas como los desastres de 1898. Entre 1898-1914 concluye el reparto colonial del mundo, al tiempo que aumentan las tensiones imperialistas entre las grandes potencias hasta desencadenar la I Guerra Mundial.

3.4.2. La Expansión imperialista por áreas

África Mediterránea: Esta región pronto entrará en los planes de los conquistadores debido a su proximidad a Europa, su interés estratégico, sobre todo desde la construcción del Canal de Suez, y las facilidades que daba la decadencia del Imperio turco para penetrar en la zona.

Francia pronto muestra su intención de controlar todo el Magreb y crear un imperio sahariano de Oeste a Este, aunque su proyecto choque con los intereses de los británicos en Egipto y el Canal de Suez. Dupré, Joubert, Largeau, exploran todo el Sahara, mientras Lesseps proyecta el Canal de Suez, y políticos como Ferry impulsan la expansión y planean un ferrocarril transahariano. Francia conquista toda Argelia, Túnez, Marruecos, y posteriormente el Chad, y en 1869 se abre el Canal de Suez con capital del gobierno egipcio y de la banca francesa



de los Pereire, aunque pronto tendrá que ceder a Gran Bretaña el control de Egipto y el Canal cuando los británicos ayudan a los Rodchild a comprar al Jefe egipcio la mayoría de las acciones de la empresa que controla el Canal de Suez.

Gran Bretaña centrará su acción imperialista en la zona en controlar accionarialmente el Canal de Suez e imponer un protectorado al Jefe de Egipto, para iniciar su proyecto de crear un imperio continuo entre el noreste de África y el Sur de África. Los británicos ya controlaban en el Mediterráneo Oriental, Malta y desde 1878 también Chipre, cedidas por Turquía como pago de la protección inglesa contra Rusia. Hasta 1881 Egipto acepta un condominio franco-británico, pero desde 1882 los británicos imponen un protectorado a Egipto para acabar con las revueltas, aunque respeta la navegación internacional por el Canal de Suez. Posteriormente los británicos apoyan y fuerzan a Egipto a extenderse hacia Sudán, para evitar que Francia controle la zona, provocando la derrota francesa en Fashoda y la creación del protectorado inglés de Sudán en 1898, a pesar de la rebelión de El Mahdi.

Italia intentó ocupar Abisinia, pero fracasó en 1898, aunque posteriormente ocupará Libia, y España también intentó conquistar el norte de Marruecos desde 1859, pero la oposición de los rifeños y de los franceses imposibilitó la conquista, a pesar de algunos éxitos como las victorias de Prim en Los Castillejos. España tendrá que esperar al s. XX para hacer efectivo su dominio sobre el norte de Marruecos y el Sahara occidental.

África Subsahariana: Exploradores geográficos inician la penetración antes de 1870 (Livingston, Mungo Park, Brazza, Stanley) y propiciarán que entre 1870-1914 toda África se reparta entre las potencias europeas, salvo Liberia y Etiopía (Abisinia)

Francia crea un gran imperio en el África Occidental subsahariana, ocupando Mauritania y Senegal, como principales colonias en la zona, y ampliando su dominio sobre el África Ecuatorial, aunque nunca logrará alcanzar el Indico, por lo que fracasa en su intento de controlar todo el Norte del continente.

Gran Bretaña impedirá la expansión francesa por el África Oriental, mientras amplía su dominio a



Sudáfrica, Rhodesia, Nigeria, Gambia, Zambia, Kenia, Uganda, Zanzíbar, Sierra Leona, Nigeria, Costa de Oro, etc. A pesar de todo no conseguirá unir sus posesiones del norte con el sur, y tendrá que hacer frente a las revueltas indígenas de los zulúes, masai y El Mahdi, así como a la guerra Bóer en Sudáfrica. En esta zona las provincias de El Cabo y Natal eran británicas, pero Transvaal y Orange estaban controladas por los Boers de origen holandeses y liderados por Kruger. Las dos provincias tenían un gran atractivo por sus minas de oro. La ambición británica y la resistencia bóer, con el apoyo alemán y holandés, propiciará

una larga y cruel guerra a caballo entre el siglo XIX y XX, con la victoria final británica y el control de toda la zona.

Alemania se incorpora tarde a la carrera colonial, ya que Bismarck no apoyaba las empresas coloniales, pero la dimisión de éste y los intereses de empresarios, militares y ultranacionalistas pronto trabajarán a favor del colonialismo alemán, proyectando construir un ferrocarril Berlín-Bagdad, intentando influir en Marruecos, defendiendo sus intereses en los Balcanes y Turquía, y definitivamente iniciando la expansión colonial en África. Ocupará a finales del XIX y principios del XX, Togo, Camerún, Tanganica, Ruanda-Burundi, Namibia y parte de Somalia.

Bélgica pronto demuestra su interés en la zona mediante expediciones financiadas por el Rey Leopoldo, la sociedad Geográfica y diversas compañías con intereses económicos. La Conferencia de Berlín de 1884-1885 reconoce su dominio sobre el Congo, a pesar de la oposición de Portugal y Francia. Convierte el Congo en una enorme colonia de explotación minera y agrícola, utilizando a los indígenas como mano de obra semiesclava.

Las viejas potencias coloniales, como Portugal y España, se conformarán con mantener sus viejos territorios: Portugal conserva y amplía su dominio en Angola y Mozambique, y España se conformará con pequeños enclaves en el Golfo de Guinea (Río de Oro, Río Muni, Fernando Poo y Guinea).

Extremo Oriente:

Desde 1850 crece el interés por Asia y su mercado (China y Japón), materias primas como caucho y algodón, y plantaciones de todo tipo en Asia y Oceanía. El Canal de Suez pronto acortará las distancias. Portugal, España, Holanda y Gran Bretaña ya dominaban determinados enclaves, y los británicos se instalaron en la India ya en el siglo XVIII, aunque no será hasta la década de 1850-60 cuando logran imponer su control total sobre el subcontinente indio mediante Protectorados, después de sofocar la rebelión de los Cipayos en 1854. Francia y España envían una expedición a Indochina, aunque España renunciará posteriormente. Al mismo tiempo, China se convierte en la principal atracción por su interés comercial y su debilidad política y militar, como demuestra su derrota en las guerras del Opio ante los británicos. Japón, por su parte, también ve con preocupación la presión extranjera sobre su mercado, sobre todo desde la llegada de la cañonera estadounidense del Comodoro Perry, aunque posteriormente inicia un proceso de transformación que le permite alejarse de su papel de víctima para convertirse en potencia imperialista a principios del siglo XX.

Desde 1870 Gran Bretaña rivalizará con Francia por el control del Sur y Este de Asia y con Rusia por el interior asiático. Desde la India extiende sus dominios mediante Protectorados sobre Birmania, Pakistán, Afganistán, Tailandia, Bangla Desh, Cachemira, introduciéndose primero comercialmente, construyendo ferrocarriles, y después imponiendo protectorados y dominio militar, hasta convertir buena parte de esos protectorados en simples colonias. Desde 1876 consigue también penetrar comercialmente en China y establecer enclaves portuarios.

Francia dominará Indochina, gracias a los esfuerzos de Henry Riviere y al Tratado de Hué de 1883, por el que impondrá Protectorados a Vietnam, Annam y Tonkín. El Tratado de Tien-Tsin con China en 1884 reconoce el dominio francés sobre Indochina. En 1887 establece un Protectorado sobre Siam (Laos) y crea la Federación Indochina.

En China los extranjeros consiguen concesiones ferroviarias, comerciales, puertos francos, aprovechando debilidad y corrupción gobiernos chinos, por lo que numerosos enclaves serán cedidos a potencias extranjeras: Tien-Tsin a Bélgica-Italia, Macao a Portugal, Kia-Chou a Alemania, Hong-Kong a Gran Bretaña, Kuangchung a Francia, etc. Los nacionalistas chinos (bóxers) se rebelan contra los extranjeros en 1901, pero son derrotados.

Japón soportará mal los intentos extranjeros por introducirse en su mercado interno y por intervenir en la política nacional, desde el desembarco del Comodoro norteamericano Perry en sus costas, pero desde 1870 inicia su modernización e industrialización, evitando así el dominio extranjero y convirtiéndose en una potencia imperialista. Rivalizará con los europeos por el control de zonas en Asia y Oceanía para lograr materias primas, bases estratégicas, y extenderse territorialmente al desarrollarse el nacionalismo sintoísta. La Guerra chino-japonesa de 1894-95 inicia su período imperialista, logrando, por el Tratado de Simonoseki, que China le ceda Formosa, Port Tahúr y otras bases navales, y la guerra ruso-japonesa de 1904-05 le permite controlar Sajalín, el ferrocarril de Manchuria y establecer un Protectorado en Corea.

Formas de dominio, administración y explotación.**3.5.1. Tipos de colonias.**

En el Imperio colonial británico podemos distinguir entre:

- Dominios: Colonias, fundamentalmente pobladas por blancos, a las que se les permitía mantener una autonomía de gobierno, como Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Canadá, hasta la concesión de la independencia a principios del siglo XX.
- Protectorados: Antiguos países a los que se les permite mantener su gobierno indígena si acepta las imposiciones económicas y militares de la metrópoli (Egipto, estados de la India, Birmania).
- Colonias propiamente dichas: No tienen gobierno propio ni autonomía administrativa. Dependen directamente del gobierno de la Metrópoli (Territorios subsaharianos).
- Concesiones: Cesión de derechos sobre un territorio determinado.

En el Imperio francés distinguimos entre:

- Colonias de Asimilación: Territorios dependientes que forman un departamento, con cierto autogobierno.
- Asociados: Colonias con un gobierno indígena, controlado por un Gobernador francés.
- Protectorados: Como los ingleses.

- Colonias: Territorios completamente dependientes de Francia, como las inglesas.

3.5.2. La administración colonial.

La administración colonial será muy variada, dependiendo de las formas impuestas por cada Metrópoli y de los tipos de dominio colonial. Existía una Administración Central con sede en la Metrópoli, con un Ministerio encargado de las colonias (El Colonial Office británico, Ministerio de Ultramar en España), asistidos por diferentes Secretarías Interministeriales que coordinaban a todos los ministerios con intereses coloniales, y Conferencias Coloniales que podían reunirse periódicamente para discutir asuntos generales de las colonias.

La Administración Local, ubicada en la colonia y destinada a la administración directa de la misma, puede resultar muy diversa. Antes de 1880 la Metrópoli podía ceder la conquista y administración local a Compañías comerciales (Compañía Indias Orientales en la India, Compañía Norte de Borneo en Borneo, Compañía Real del Níger, Compañía del Este Africano de Cecil Rhodes, Compañía del África Oriental Alemana de Carl Peters, Compañía Colonizadora del África del Sudeste de Luderitz, etc), pero desde 1880 se prefiere la administración pública, aunque distinta en el Imperio Británico y en el francés, y distinta también según el tipo de dominación impuesto.

Gran Bretaña intenta llevar a cabo un gobierno indirecto (Indirect Rule), que cobra todo su sentido en el llamado Self Government para colonias con gran número de británicos (Canadá, Nueva Zelanda, Australia, El Cabo), a los que se les permite tener un Parlamento propio y un gobierno interno con gran autonomía, aunque ceden la política exterior y militar a Gran Bretaña y deben aceptar la existencia de un Gobernador británico como representante de la Reina y máxima autoridad colonial. En las colonias con mayoría indígenas podemos distinguir entre protectorados (Gobiernos indígenas sometidos por tratados), y colonias con un Gobernador británico como principal autoridad, funcionarios británicos, un Consejo consultivo nombrado "a dedo" y formado sólo por blancos, aunque desde 1909 la mayoría serán ya Consejos electivos. Dentro de esta administración colonial hay que distinguir el régimen especial de la India, que sustituía al Gobernador por un virrey, del que dependían los protectorados y colonias en los que se dividía la India y Pakistán



Francia intenta imponer una administración local dependiente de París, con Protectorados con gobierno propio bajo intereses franceses, pero también con colonias, divididas en: Colonias Asimiladas (Gobernador francés como máxima autoridad, Consejo General electivo que podía enviar 1-2 diputados a la Asamblea de París, y con un grado de autonomía importante) y Colonias propiamente dichas (Gobernador con todos los poderes y una administración local dependiente en todo de París y que convierte a las colonias casi en departamentos franceses).

España y Portugal consideran a sus colonias como provincias de pleno derecho, y ceden el poder colonial a un Gobernador como autoridad máxima y única en la colonia.

En todas las colonias habrá una gran cantidad de funcionarios que al principio procedían de otras administraciones del Estado, pero 1880 se formarán funcionarios específicos en escuelas especiales. La mayoría de ellos procedían de clases medias con deseos de prosperar rápidamente. Habrá numerosos aristócratas ocupando altos cargos civiles y militares, muy pocos indígenas, lógicamente, y muchos militares de carrera, ávidos de ascensos rápidos y de aventuras militares.

Los gastos de esta administración corrían a cargo de impuestos recaudados en las propias colonias y de partidas presupuestarias del Gobierno de la Metrópoli. La mayoría de los gastos eran sufragados por las colonias, como lo demuestra el hecho de que Francia sólo invierte el 2% de su presupuesto nacional en colonias. A pesar de ello, muchas colonias resultarían ruinosas, bien por los altos gastos de administración y defensa, por su pobreza intrínseca o por el alto coste de su conquista y mantenimiento del orden.

3.5.3. La explotación de las colonias.

Los conquistadores se esforzaron por crear infraestructuras en las colonias para poder explotar sus recursos minerales, materias primas, agrícolas, etc. La construcción de ferrocarriles se impuso rápidamente,

debido a los grandes beneficios por subvenciones estatales a las constructoras, concesión de derechos sobre tierras anexas a vías férreas, derechos de explotación minera, monopolio venta material férreo, derecho a reclutar mano de obra indígena semiesclava... La construcción férrea, puertos o carreteras, además, sirvieron para absorber el excedente de capital de la metrópoli en un período de crisis económica capitalista. Estas infraestructuras se financiaron con cargo a los presupuestos asignados por la metrópoli, los impuestos generados en las propias colonias y las aportaciones de empresas privadas a cambio de concesiones de explotaciones mineras y comerciales: Unilever, Pirelli, Dunlop, etc.

El comercio fue otra fuente de ingresos importante, imponiéndose zonas reservadas de comercio, aunque Gran Bretaña consentirá en mayor medida el libre comercio que Francia. En general se impone el proteccionismo con aranceles que gravan las importaciones de otros países: Francia crea el Arancel Meline de 1892, España el arancel de 1892 gravando el comercio de Cuba con otros países y protegiendo intereses españoles, Alemania aprueba los aranceles de 1897 y 1902, etc. El balance comercial metrópoli-colonias siempre resultó favorable a la metrópoli, aportando las colonias materias primas baratas y la metrópoli manufacturas y tecnología, generándose un intercambio desigual. Esto hará que todas las potencias coloniales obtengan grandes beneficios netos del comercio colonial. El caso de España en Cuba resulta muy significativo: Grandes fortunas españolas se fraguarán en Cuba, debido a la exportación de azúcar y tabaco cubano, y a la venta de productos españoles en Cuba con aranceles preferenciales, el negocio de las navieras, los suministros al ejército, etc.

Otros beneficios para las metrópolis procedían de las rentas del capital invertido en las colonias (Gran Bretaña obtenía 199 millones de libras oro en 1913 sólo de intereses de capitales invertidos en sus colonias), de los sueldos de los funcionarios blancos, pagados casi siempre con cargo a impuestos coloniales, las exportaciones invisibles (Servicios, seguros, fletes.), etc.

La colonias también absorben el sobrante demográfico europeo, que una vez instalado en las colonias controlará la economía y administración colonial. Hasta 1914 se instalan en África 4 millones de blancos, creando sociedades claramente divididas entre blancos e indígenas, con políticas de apartheid más o menos encubiertas, aunque en las colonias francesas o de países ibéricos existirá mayor mezcla racial y menos políticas de apartheid que en las colonias inglesas o alemanas.

Las consecuencias del imperialismo.

Entre las consecuencia positivas podemos destacar las siguientes:

- Expansión conocimientos médicos europeos.
- Aumento demográfico colonias.
- Difusión de la técnica y la ciencias europeas.
- Construcción de infraestructuras.
- Desarrollo de la enseñanza y la sanidad.
- Difusión comunicaciones.

Sin embargo son mucho más importantes las consecuencias negativas, por lo menos cualitativamente. La explotación económica de los recursos de las colonias fue enorme, sin que ello aprovecharse a los nativos, ya que los blancos acapararon propiedades y riquezas, amparados por la administración colonial y el ejército. La incorporación de nuevas formas de producción y los intereses de la metrópoli acabaron muchas veces con importantes sectores productivos artesanales (El sector textil de la seda en la India) para evitar la competencia con sus manufacturas. La llegada del europeo supondrá un freno importante para muchas actividades económicas locales, incapaces de competir con la industria "blanca".

Las prácticas de los blancos para reclutar mano de obra indígena semiesclava fueron comunes al mundo colonial, sobre todo en África, en el último tercio del s. XIX, con la connivencia de los gobiernos centrales. La segregación racial será una de las consecuencias más vergonzosas del período imperialista, así como la destrucción de las raíces culturales autóctonas, interrumpiendo la evolución histórica de esas culturas, a pesar del desarrollo de movimientos xenófobos y antieuropeos, por imponer éstos sus costumbres y sus intereses a culturas preexistentes.

África, sobre todo, sigue pagando la deuda colonial, con fronteras arbitrarias, grupos de poder formados y controlados por los "blancos", sistemas políticos importados, y la dependencia económica y tecnológica de sus viejas metrópolis dominantes.

4. Bibliografía.

- Jean Louis Miége. Expansión europea y descolonización, de 1870 a nuestros días. Ed. Labor.
- D.K. Fieldkhous. Los imperios colonials desde el siglo XVIII. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1981.
- D. K. Fieldkhous. Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914. Madrid, Siglo XXI, 1977.
- W. J. Mommsen. La época del Imperialismo. Madrid, Siglo XXI, 1971.
- J. Ki-Zerbo. Historia del África negra. Madrid, Alianza, 1979.
- V. I. Lenin. El imperialismo, etapa superior del capitalismo.
- J. M. Vidal Villa. Teorías del imperialismo. Barcelona, Anagrama, 1976.
- G. Lichtheim. El Imperialismo. Madrid, Alianza, 1972.
- J. Acosta Sánchez. El imperialismo capitalista. Barcelona, Blume, 1977.
- P. H. Braillard. El imperialismo. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Bédarida, François. La era victoriana. Barcelona: Oikos-Tau, 1988.
- Fieldhouse, David K. Los imperios coloniales desde el siglo XVIII. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1984
- Hernández Sandoica, Elena. El colonialismo (1815-1873). Estructuras y cambios en los imperios coloniales. Madrid: Síntesis, 1992.
- Hobsbawm, Eric J. Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750. Barcelona: Labor, 1977.
- Kennedy, Paul. Auge y caída de las grandes potencias. Barcelona: Plaza & Janés, 1987
- Schumpeter, Joseph A. Imperialismo. Clases sociales. Madrid: Tecnos, 1986.
- Torre del Río, Rosario. La Inglaterra victoriana: política y sociedad. Madrid, Arco Libros, 1997.